

que indicaba como probable la guerra para la primavera siguiente.

Luis Felipe se negó á admitir este amenazador lenguaje, y entonces Thiers se retiró, Guizot, que se encontraba en Londres, fué llamado inmediatamente á París, y el *Moniteur* del 29 de octubre anunció la formación de un nuevo gabinete en que la presidencia quedaba á cargo del mariscal Soult; pero cuya dirección correspondía en realidad á Guizot. La oposición protestó con violencia; sus oradores pretendieron que Francia quedaba sacrificada á Inglaterra, y hubo órganos de la prensa que se atrevieron á llamar al nuevo poder *Ministerio del extranjero*.

Guizot había hecho estudio profundo de la política inglesa, y participaba de todas las ideas del rey sobre la necesidad de conservar la paz. Creía, en efecto, que por entonces el deber del gobierno consistía en asegurar la tranquilidad interior y exterior, contribuyendo de este modo al desarrollo de la industria y de todos los elementos de prosperidad que el país tenía entonces á su disposición.

**Tratado de los estrechos** (13 julio 1841). — Es probable que Guizot no habría empezado las fortificaciones de París; mas como los trabajos se efectuaban con gran rapidez, propuso una ley á las cámaras respecto de este punto y dejó á Thiers completamente dueño del asunto. Lamartine, en la cámara de diputados, y Molé en la de los pares pronunciaron elocuentísimos discursos contra el proyecto; pero éste fué adoptado, bajo la condición de que París no sería incluído en el número de las plazas de guerra, y que no podría quedar sujeto á tal régimen sin una ley especial (enero 1841).

Por lo demás, los restantes armamentos continuaron, y el mariscal Soult, que estaba encargado del ministerio de la guerra, no perdonó nada para que las tropas francesas se hallasen dispuestas á entrar inmediatamente en campaña. El gobierno de París ne-

cesitaba la paz armada para llevar á buen término las negociaciones que debían hacerlo entrar de nuevo en el concierto europeo.

Mehemet Alí les facilitó la solución de las dificultades tratando con la Puerta. Un decreto del sultán de 13 de febrero de 1841 le concedió lo herencia del bajalato de Egipto, sin que este título le diera categoría superior á la de los restantes vicires; además, le concedía el gobierno vitalicio de las dependencias de Egipto, Nubia, Darfur, Kordofán y Senaar. Mehemet se sometió devolviendo al sultán su escuadra y suntuosos presentes.

Después de esta solución volvió Francia á entrar en el concierto europeo; en efecto, firmó con las cuatro grandes potencias el tratado de los estrechos (13 julio 1841), por el cual se comprometía el sultán á cerrar á todas las naciones indistintamente el Bósforo y los Dardanelos. Lord Palmerston había logrado sus deseos, pues anulaba la cláusula secreta del tratado de Unkiar-Skelessi, que abría el Bósforo á los buques rusos exclusivamente, privando así al czar una de las ventajas que éste obtuviera. Al mismo tiempo logró humillar á Mehemet Alí é hizo que el aliado de Francia perdiese una parte del prestigio que tanto disgustaba á la Gran Bretaña. Sus conciudadanos le quedaron agradecidos por este resultado, que contribuyó mucho á hacer popular su hombre.

Turquía no sacó de este arreglo el partido que esperaran sus amigos. Su imperio siguió siendo tan débil como antes, y si bien Egipto se vió obligado á limitar sus ambiciones, no por eso dejó de crecer dentro de dichos límites. Los que más perdieron fueron los cristianos de Siria. Como Francia no podía seguir protegiéndolos de manera tan eficaz, volvieron á caer bajo el fanatismo musulmán, y quedaron desde entonces sujetos á las horribles violencias que estallaron unos años más tarde.

§ III. — *Política exterior de Francia durante la última parte del reinado de Luis Felipe. — El derecho de visita. — Los casamientos españoles. — El Sunderbund.*

**El derecho de visita.** — El gabinete de 29 de octubre, presidido por M. Guizot, permaneció al frente de los asuntos de Francia hasta la caída de Luis Felipe, con cuyo pensamiento se identificó, pidiendo como el rey la conservación ó *statu quo* dentro del reino, y la paz fuera. Para mantener ésta, se aplicó á restablecer el buen acuerdo con Inglaterra y logró hacer entrar de nuevo á Francia en el concierto europeo por el *tratado de los estrechos*.

Para enjugar el déficit producido por los gastos hechos en 1840 se decretó un nuevo censo de propiedades, con objeto de conocer exactamente la repartición del impuesto territorial; con tal motivo, hubo motines en Tolosa, en Burdeos, en Lille, Montpellier y otras varias ciudades. La sangre corrió en Clermont, y el gobierno no se atrevió ni siquiera á intentar aquella operación en París y en Lyon. Estas turbulencias repercutieron en la misma capital, formándose grupos que pasearon por las calles dando gritos de ¡*Abajo Luis Felipe! ¡Muera Guizot!*

Al volver de África el duque de Aumale, después de mandar allí con gloria por más de un año, se comió contra él un atentado. Quenisset tiró contra el príncipe, pretendiendo provocar con este asesinato una insurrección preparada por las sociedades secretas.

La indignación fué general. Después de esta causa y de las manifestaciones simpáticas á que el atentado dió lugar, el ministerio se creyó seguro de la opinión pública, y firmó con Inglaterra un tratado relativo al derecho de visita.

Este derecho no era nuevo. Para llegar á la abolición de la trata de negros, aquellos dos gobiernos se habían concedido recíprocamente el derecho de visitar sus navíos, en las latitudes por donde debían pa-

sar los negreros. Con arreglo á los convenios de 30 de noviembre de 1831 y de 22 de marzo de 1833, los cruceros franceses podían visitar los barcos ingleses, y los cruceros ingleses los de Francia. Pero el ejercicio de este derecho había herido á menudo las susceptibilidades de los navíos franceses, sobre todo después del tratado de 15 de julio, tan injurioso para la nación.

En vez de restringir este derecho y de tratar de suprimirlo, Guizot quiso extenderlo, agrandando las zonas en que se debía ejercer la vigilancia. El nuevo convenio sólo dejaba en completa libertad la navegación del Mediterráneo y la de un puerto de Europea á otro del Canadá y de algunas naciones de América. Cuando en Francia se tuvo noticia de esta concesión hecha á los ingleses, se alzó grito unánime contra el ministerio.

Billaut y Dupín lo atacaron vivamente, en nombre del honor nacional francés. El ministerio tuvo que declarar para salvarse que la firma de aquel convenio no era definitiva y que tendría en cuentas las observaciones que acababan de dirigirle. Gracias á esta táctica fué aprobado por gran mayoría el mensaje (29 de enero de 1842) y los ánimos empezaron á calmarse.

Sin embargo, el ministerio no las tenía todas consigo, con respecto á la cámara. Ésta lo había sostenido durante aquella legislatura; pero después de hacer lo mismo con el gabinete de 1.º de marzo. Además, en una de las últimas escaramuzas, la mayoría de M. Guizot se redujo sólo á ocho votos. Así fué que resolvió disolver el Parlamento y convocar de nuevo los comicios. Las elecciones se efectuaron en el mes de junio, y la lucha fué ardentísima. El gobierno empleó todos los medios posibles para influir en el resultado, con lo cual se hizo acusar de corruptor, sin por esto alcanzar el fin apetecido. La oposición triunfó completamente en París, obteniendo diez diputados de los doce que elegía la gran ciudad. Ignorábanse detalles de los departamentos, y en general se creía que el ministerio

necesitaba diversas modificaciones; pero la muerte del duque de Orleans llegó de pronto á poner fin á todas aquellas intrigas parlamentarias, y á colocar al país en situación tan grave como imprevista.

**Viaje de la reina victoria á Eu** (sept. 1843). — Con esto de quedar como heredero de la corona de Francia un niño de cuatro años, se vio comprometido el porvenir de la dinastía y los partidos modificaron su actitud. Luis Felipe tenía cerca de setenta años, y todos le consideraban como un anciano que llegaba al fin de su carrera. El duque de Nemours no era muy popular, y se preveía que no le sería fácil ocupar el poder; así fué que las sociedades secretas aplazaron para aquella circunstancia sus planes de insurrección, y sus tentativas de alzamiento.

El año 1843 fué por estas razones uno de los más tranquilos del reinado de Luis Felipe. No hubo que lamentar durante él en Francia más que un horrible terremoto que sembró el horror y el espanto en la Guadalupe. El 8 de febrero quedó destruída de arriba abajo la Pointe-á-Pitre, así como también los barrios de San Francisco, Santa Ana y de Port-Luis. Miles de personas fueron víctimas de este desastre, quedando arruinados los demás habitantes. La beneficencia pública los socorrió; pero sin poder en modo alguno compensar las pérdidas causadas por la catástrofe.

La buena inteligencia se hallaba por entonces perfectamente restablecida entre Francia é Inglaterra. Lord Palmerston, autor del famoso tratado de 15 de julio, que había estado á punto de comprometer la paz entre ambas naciones, cayó con el ministerio whig de lord Melbourne (30 agosto 1841), siendo sustituido en el ministerio de negocios extranjeros por lord Aberdeen, que por su suavidad de carácter y su sincero amor de la paz formaba con su predecesor contraste perfecto. Guizot, que nunca había podido entenderse con Palmerston, se puso fácilmente de acuerdo con Aberdeen; esta era, desde 1710, la primera vez que

Francia podía felicitarse de que gobernara en Londres un ministerio tory.

Las buenas disposiciones de Inglaterra respecto de Francia se manifestaron anteriormente con una visita de la reina Victoria á Luis Felipe, en la residencia señorial de Eu. El príncipe de Joinville, que volvía de América, á donde había ido á casarse con la hija de D. Pedro del Brasil, recibió encargo de ir á Londres, con su hermano más joven el duque de Aumale para invitar á la soberana en nombre del rey de Francia á efectuar el mencionado viaje. Victoria aceptó con mucho gusto, y el 2 de septiembre se presentó en aguas de Tréport el buque que la conducía.

Luis Felipe salió á su encuentro y la acogió con extraordinaria amabilidad. La reina pasó cinco días en Eu, en medio de fiestas y regocijos, y volvió á Inglaterra el 7, encantada de las muestras de respeto que se le habían tributado.

Aun hablaban los periódicos del viaje de la reina Victoria á Eu, cuando se supo que el conde de Chambord iba á ir á Londres. Anuncióse además que recibiría con gran placer á los franceses que quisieran serle presentados. En seis semanas fueron á la capital de la Gran Bretaña más de tres mil visitantes, entre los cuales se contaron la Rochejaquelin, Berryer y otros diputados legitimistas, deseosos de presentar al pretendiente el homenaje de su respeto.

Luis Felipe había tolerado estas manifestaciones con aparente indiferencia; pero al abrirse las cámaras apareció en el discurso del trono esta famosa frase: « La conciencia pública condena ciertas manifestaciones culpables; nuestra revolución de Julio lo ha probado así castigando la violación de la fe jurada. » Berryer protestó con indignación contra el ultraje que se le había querido inferir, así como á sus colegas; y sintiéndose apoyado por toda la oposición, recordó que en otra época Guizot había seguido al rey Luis XVIII « hasta las puertas de Francia alzada en armas ».

Al oír estas palabras, resonaron aplausos en los extremos de la cámara; Guizot permaneció en la tribuna más de una hora sin que le fuera posible hacerse oír. « ¡ Habéis estado en Gante!..; Fué á Gante!; » le gritaban, cubriendo estas interrupciones su palabra cada vez que quería hablar. Entonces él, volviéndose hacia el presidente, exclamó: « Quieren agotar mis fuerzas; pero no agotarán nunca mi valor. » Odilón Barrot, que temía las consecuencias que podían resultar de la violación de la tribuna para la libertad de la palabra, pidió á sus colegas que dejaran hablar al ministro.

Guizot explicó los motivos que lo habían excitado á seguir al rey á Gante, y declaró que su único propósito había sido excitarlo á perseverar en la vía liberal en que se hallaba. « Por lo que toca á las injurias, á las calumnias, y á las palabras iracundas, añadió al terminar, se puede multiplicarlas; pero nunca llegarán á la altura de mi desdén. »

**Asunto Pritchard.** — En el curso de la legislatura, dieron los asuntos de Taití tema fácil para que la oposición atacara la política exterior del ministerio. El gobierno francés se había apoderado en 1841 de Nossi-Bé, en los mares de Oceanía, y ofreció al rey de Mayotte, en 1842, la protección de Francia. Además, fortificó sus factorías en la costa de Guinea, y trató de fundar en Nueva Zelanda un establecimiento capaz de ofrecer seguridad y protección á sus barcos balleneros. Pero Inglaterra se le anticipó, y entonces el contraalmirante Dupetit-Thouars recibió orden de tomar posesión de las islas Marquesas.

Desde allí se dirigió á las islas Taití ó de la Sociedad, que en otro tiempo visitaran Bougainville y Cook. Taití estaba gobernado por la reina Pomaré; el almirante francés se presentó para obtener satisfacción por los malos tratos de que las autoridades del país hacían objeto á los misioneros católicos, y reparaciones por los daños causados á algunos comerciantes franceses. Asustada la reina ofreció á Francia ponerse bajo su

protectorado, y en este sentido se firmó en Taití un tratado el 9 de septiembre de 1842, tratado que recibió su ratificación en París el 23 de abril de 1843.

Los misioneros ingleses que se hallaban en el país vieron con disgusto que el protectorado paraba á manos de Francia. Pritchard, que era el más hostil de todos ellos, y que al mismo tiempo desempeñaba las funciones de cónsul, misionero y farmacéutico, intrigó con la reina Pomaré, para excitarla á faltar á sus compromisos y á enarbolar el pabellón inglés. El almirante no pudo consentir tal acto de resistencia, y ocupó en nombre de Francia la isla de Taití (5 nov. 1843).

Temiendo Luis Felipe que esta ocupación comprometiera la alianza inglesa, y pensando que era absurdo turbar la paz del mundo por algunas islas del Océano, desautorizó á su almirante, declarando en el *Monitor* que bastaba á Francia ejercer sobre Taití el protectorado convenido por el pacto de 9 de septiembre 1842, y que no existían motivos para faltar á lo entonces tratado.

Esta desautorización fué acogida en toda Francia con indignación y estupor. El ministerio necesitó recurrir á toda su habilidad para evitar la censura indirecta que la cámara estaba á punto de infligirle.

Queriendo Luis Felipe demostrar públicamente que la buena amistad con Inglaterra no había sido turbada, resolvió, no obstante la opinión contraria de sus ministros, ir á devolver á la reina Victoria la visita que ésta le hiciera el año anterior. Al efecto salió de Tréport el 7 de octubre de 1844 en compañía del joven duque de Montpensier, de Guizot y de Mackau. El príncipe Alberto y el duque de Wellington salieron á recibirlo, y durante todo el tiempo que el rey de Francia pasó en Inglaterra se celebraron espléndidas fiestas.

El 11 de octubre le entregaron con gran pompa la condecoración de la Liga (Garter), y le dieron un espléndido banquete, donde se pronunciaron en obsequio del nuevo caballero entusiastas brindis. Luis

Felipe salió de Windsor para Francia el 15, muy contento de su viaje.

En la legislatura siguiente (1845), fué atacado el ministerio sobre su política exterior, acusándole de haber sacrificado los intereses franceses en Argelia, en los asuntos de Taití, y por haber pagado una indemnización á Pritchard, inspirador de la resistencia que presentara la reina Pomaré. Thiers fué muy vigoroso en su argumentación, é impresionó vivamente á sus conciudadanos de las cámaras y del país, al enumerar las concesiones que desde algún tiempo atrás se hacían á Inglaterra. Guizot no obtuvo á pesar de su hábil palabra más que ocho votos de mayoría, por lo cual quería retirarse. Luis Felipe habría ganado entonces con cambiar de ministerio; pero quiso resistir á la especie de presión que sobre él trataban de ejercer y rogó á Guizot que continuase en el gobierno, obteniéndolo así.

**Casamientos españoles (1846).**— Las escuadras combinadas de Francia y de Inglaterra reprimieron en la costa oriental de Madagascar las pretensiones hostiles de los hovas; después fueron á bloquear el puerto de Buenos Aires para obtener reparación por los insultos hechos á la bandera francesa en aquella parte de América. Finalmente emprendieron una expedición al Uruguay y al Paraná, que el presidente Rosas había cerrado al comercio.

El poder de Guizot se consolidó por haber firmado con Inglaterra un tratado que abolía el derecho de visita (29 de mayo de 1845), y que tenía por objeto tomar medidas eficaces para impedir la trata de negros. Esta medida produjo en Francia muy buena impresión, y calmó por entonces la irritación que causara en los ánimos el asunto de Taití.

Inglaterra y Francia parecían, pues, de acuerdo y entre las dos cortes reinaba la mayor intimidad; sin embargo, este buen acuerdo iba á desaparecer para siempre, destruído por la cuestión de los casamientos

españoles. La política de ambos Estados en la península había sido siempre distinta; Inglaterra sostenía siempre á los liberales y Francia al partido reaccionario y moderado. Esta divergencia, causada por la respectiva situación de los dos gobiernos, no había turbado nunca su amistad.

Al caer Espartero y cuando triunfó Narváez, jefe de los moderados, surgió la cuestión del casamiento de la reina Isabel y de su hermana la infanta María Luisa Fernanda. Inglaterra hubiese deseado obtener la mano de la reina de España para el joven príncipe de Coburgo. Pero ya había un Coburgo, Leopoldo, en el trono de Bélgica; otro, Alberto, era el marido de la reina Victoria; otro estaba casado con la reina de Portugal. Era indispensable contrabalancear esta influencia, y además, el gobierno francés quería conservar la política tradicional de Luis XIV, sosteniendo con la casa de España buenas relaciones.

Guizot aprovechó el viaje de la reina de Inglaterra á Eu para dar cuenta á lord Aberdeen del deseo que tenía Luis Felipe de casar al duque de Montpensier con la hermana de la reina Isabel. El ministro inglés no se opuso á este proyecto, si bien puso como condición que el casamiento no se celebraría hasta que la reina hubiese dado un heredero á la corona de España. Pero habiendo vuelto los whigs al poder, Palmers-ton sucedió á lord Aberdeen en el ministerio de negocios extranjeros; el nuevo ministro se declaró partidario de la candidatura del príncipe de Coburgo, y trató de que prevaleciera.

Con esto se consideró Luis Felipe exento de compromisos por lo convenido en Eu, y logró hacer aceptar como marido de Isabel II á su primo Francisco de Asís, hijo de Francisco de Paula, hermano de Fernando VII. Al mismo tiempo obtuvo la mano de la infanta María Luisa Fernanda para el duque de Montpensier. Las dos bodas se celebraron el mismo día (10 octubre de 1846), y si bien no causaron por de pronto una ruptura

con Inglaterra, hubo á partir de este instante gran frialdad entre ambas cortes. La reina Victoria creyó que Luis Felipe había faltado á los compromisos adquiridos en Eu, y lord Palmerston denunció el matrimonio del duque de Montpensier como una violación del tratado de Utrecht.

La oposición, que había declamado durante tanto tiempo contra la alianza inglesa no quiso ver en estos enlaces matrimoniales más que una especulación de interés personal y aun pecuniaria, y se quejó de que aquella alianza hubiera sido sacrificada á un interés dinástico, como si en aquellas circunstancias hubiera pensado Luis Felipe en su familia más bien que en la nación.

**Actitud del gobierno francés respecto de las potencias extranjeras. Cracovia.** — La primera consecuencia del descontento de Inglaterra contra Francia fué aislar á esta nación en Europa, y permitirle la satisfacción de sus deseos.

Á principios de año había estallado en Polonia una insurrección, que se extendió á las antiguas provincias de dicha nación sometidas entonces á Prusia y Austria. Francia acogió con tanta alegría como sorpresa las primeras noticias de este movimiento, y se creyó que la antigua Polonia iba á reconstituirse. Abriéronse suscripciones, y se organizaron comités para acudir en ayuda de los insurrectos; pero estas demostraciones no produjeron resultado ninguno digno de mención.

El movimiento fué ahogado en sangre, y la república de Cracovia incorporada al Austria con asentimiento de Prusia y Rusia, bajo el pretexto de que había servido de centro y de punto de apoyo á los rebeldes (11 nov.). En esto había una violación flagrante de los tratados de 1815. El gobierno francés protestó contra tal atentado, que borraba hasta los últimos restos de la nacionalidad polaca. Además, procuró que Inglaterra procediera de acuerdo con él; lord Palmerston, irritado por los casamientos españoles, negó su

concurso. Entonces el gobierno propuso un congreso ó una conferencia diplomática sin obtener nada, y así se pudo juzgar del daño que habían causado á Francia en el ánimo de las demás potencias las concesiones hechas por ella á los ingleses.

Estos acontecimientos, que habían agitado á Alemania y los países del Norte, no eran los únicos indicios de la fermentación general que trabajaba los ánimos en Europa. Gregorio XVI murió el 1.º de junio de 1846, y los cardenales entraron en conclave el 13, eligiendo en su lugar al cardenal obispo de Imola, que tomó el nombre de Pío IX. Bajo el anterior pontificado, los Estados de la Iglesia habían sido presa de frecuentes insurrecciones, provocadas por las sociedades secretas que para sublevar al pueblo ponían de manifiesto los vicios y defectos inherentes á las diversas ramas de la administración.

Pío IX puso generosamente manos á la obra, para tratar de satisfacer lo que de legítimo había en aquellas quejas. Primeramente concedió una amnistía general por lo pasado, y publicó una serie de medidas liberales que abrieron nueva era á los Estados romanos, llamándolos á gozar de los beneficios de la libertad. Cuando se vió que el soberano pontífice acometía con tanta resolución las apetecidas reformas, no hubo en Roma, en Italia y en el mundo entero más que un grito de alegría y de entusiasmo para exaltar las virtudes de Pío IX.

**El Sunderbund.** — El gobierno francés se asoció á estas demostraciones aprobatorias; pero al mismo tiempo se mostró inquieto por los progresos que en todas partes realizaba el espíritu revolucionario. Los radicales suizos habían declarado la guerra á las órdenes religiosas, obteniendo de la dieta general la expulsión de los jesuítas y de otras varias congregaciones que se dedicaban á la enseñanza ó á la predicación. Los siete cantones católicos de Friburgo, Lucerna, Schwitz, Unterwalden, Uri, Valais y Zug, formaron

una liga que tomó el nombre de *Sunderbund*, ó liga de separación, para resistir á la violencia de que eran víctimas (1846). Éstos contaban demasiado con la legitimidad de su causa y también creyeron demasiado en las promesas que les habían hecho; no tardaron, en efecto, en ser vencidos.

## CAPÍTULO VII.

PROGRESOS REALIZADOS POR LOS INGLESES Y LOS RUSOS EN ASIA; EXPEDICIÓN DE LOS INGLESES Á CHINA; GUERRA DEL OPIO.

Desde Pedro el Grande, Rusia no ha cesado en su movimiento de extensión por Europa y Asia. Mientras llega para ella la hora de apoderarse de los despojos de Turquía (1), aquella potencia ha penetrado hasta las mismas fronteras del Afghanistan. Inglaterra hizo para contrarrestarla, la conquista del Afghanistan, y estipuló la libertad de comercio entre China y las naciones europeas.

§ I. — *Progresos realizados en Asia por los rusos y los ingleses.*

### **Progresos de los ingleses en la India.** —

Mientras las naciones de Europa tenían como única pre-ocupación las guerras de la república y del imperio, los ingleses no habían cesado de agrandar sus posesiones en la India. Lord Cornwallis, gobernador de la Compañía, despojó al rajad de Misore de la mayor parte de sus tierras, y se apoderó de Malabar, Dindigul, Salem y Barramahal (1792). Tippoo-Saeb sucumbió también defendiendo Seringapatam, capital de su vasto imperio, y estos territorios cayeron en manos de los ingleses (1799).

(1) Hoy se oponen á esto, tanto una poderosa nación como Austria, cuanto las nuevas naciones creadas en los Balkanes, Rumanía, Bulgaria, Servia, que, en vez de servir á Rusia de auxiliares, constituyen para ella barrera difícil de franquear.

(N. del T.).

Para consolidar sus conquistas al sur de la península era necesario que los dominadores sometieran á las tribus del norte, extendiendo su poder por la cuenca del Ganges. Así fué que, de 1800 á 1805, derribaron al virrey de Uda, y entonces vió por primera vez los combates el futuro duque de Wellington, combatiendo en Malwa contra los jefes indostánicos Sindhia y Holcar. Como consecuencia de esta expedición, la compañía adquirió el Rohinculd, Delhi, Agra, Baroda, Manickpatam y varias partes del Guzarate.

Habiéndose puesto los mahraltas al frente de los Estados independientes, y habiendo formado una liga para expulsar á los ingleses, estalló de 1815 á 1818 una sangrienta y terrible lucha. El imperio de los mahraltas fué destruido, y los pequeños Estados situados en la península del Decán no pudieron conservar más que independencia puramente nominal.

El rajah de Nepol, que reinaba sobre las tribus situadas al sur del Himalaya, fué vencido en la misma época y perdió las provincias de Kumaón y Guhrwahl y de la Terrasa, al pie de los montes Nepol.

Las conquistas de los rusos al este del mar Caspio excitaron á los ingleses á dirigirse hacia el noroeste para extender su poderío por el Afghanistan, del cual sólo estaban separados por la confederación de los Seikhs, el Sindhy y el opulento Estado de Lahor.

Al mismo tiempo se encaminaron hacia el noroeste, para establecerse en Indochina, y ponerse de este modo en comunicación con el Asia oriental. En 1824 traspasaron el Brahmaputra y atacaron el imperio birmánico. Después de una guerra que hicieron al rey de Ava, adquirieron Aracán, Martabán, Tavay, Mergny y el reino de Assano, en la costa occidental de Indochina. Luego se posesionaron del estrecho de Malacca, gracias á la conquista de Singapor (1824) y de Malacca (1826). Tannoy, Ye y Tenasserim fueron conquistados en 1826; en la corte de Ava se estableció un residente inglés.